



AFORTUNADAMENTE [Alah cuidó de que el Rey olvidara completamente el lance de los diez mil dinares dados al visir Fadleddin para la compra de una bella esclava. Por lo que toca al funesto visir Ben-Sauí, bueno será advertir que no tardó en conocer exactamente la trama de lo ocurrido, pero no se atrevió á decir una palabra al Rey, porque sabía que el padre de Ali-Nur gozaba entero crédito y estima cordial, y le querían infinito el Rey y todo el pueblo de Basora.

Un día, el visir Fadleddin entró en el Hamman. Apresurado, salió antes de que se le hubiese secado el sudor; experimentó un cambio muy recio de temperatura y enfermó in-

mediatamente; extenuado, hubo de meterse en cama. Agravóse su estado; no podía pegar los ojos de noche ni de día, y llegó á una con-sunción que le convirtió en espectro de lo que antes fuera. No quiso diferir ni un instante el cumplimiento de sus últimos deberes; hizo que llama-ran á su lado á Ali-Nur, su hijo. Este compareció en seguida con los ojos arrasados en lágrimas.

—Hijo mio—dijo el visir,—toda prosperidad tiene un límite, todo bien un término, todo plazo un fin, toda copa un breva je amargo. Hoy me corresponde gustar el sabor de la muerte.

Y recitó esta estrofa:

No te olvidará mañana
la muerte, si lo hace hoy.
Todos hacia tí marchamos,
abismo de perdición.

A los ojos del Muy Alto
no hay eminencia ni valle;
nivelada es toda altura,
nadie es pequeño ni grande.

Jamás han visto los hombres
á rey, imperio ó profeta
desafiar á la muerte
alcanzando vida eterna.

Luego el visir continuó di-ciendo:

—Ahora, hijo mio, sólo falta reco-mendarte que fundes en Alah toda tu fuerza, que no borres jamás de tu memoria las agonías y postrimerias del hombre, y que cuides con exqui-sita solicitud de nuestra hija y tu mujer, Dulce-Amiga.

—¡Padremio!—respondió Ali-Nur—¿Conque es forzoso que nos abandone-s? Dejas en el mundo un gran espacio desolado que ningún árbol podrá cobijar. Conociante únicamen-te por la abundancia de tus merce-des, y en el santo día del viernes citaban tu nombre los oradores sa-grados desde la cátedra de las mez-quititas para colmarte de bendiciones y votos de larga vida.

—Hijo mio—habló Fadleddin;—ruega á Alah que me acoja, que no me rechace un instante de su seno.

Luego pronunció en alta voz los dos actos de fe de nuestra re-ligión:

—¡Atestiguo que no existe más

Dios que Aláh! ¡Atestiguo que Mahoma es el profeta de Alak!

Exhaló el último suspiro y su nombre quedó inscrito para siempre en la lista de los escogidos y bienaventurados.

Llenóse el palacio de gritos y gemidos; llegó la noticia al Sultán, y la ciudad entera no tardó en saber la muerte del visir Fadleddin ben-Khacan; y todos los habitantes, y aún los niños chiquitos de la escuela le lloraron. Ali-Nur por su parte, á pesar de su abatimiento, no perdonó medio para que los funerales pareciesen dignos de la memoria de su padre.

Asistieron á ellos todos los emires, los visires (el perverso Ebri-Sauí inclusive, quien en compañía de sus colegas vióse obligado á llevar el ataúd) los altos dignatarios, los grandes del reino, y todos los habitantes de Basora sin excepción. Y al salir de la casa mortuoria, el cheique principal que dirigía los funerales, recitó en honor del difunto, entre otras mil, estas estrofas:

He dicho al hombre encargado de recoger sus despojos:
—Haz lo que yo ordene; en vida él me oía en sus negocios.

Derrama el agua lustral, pero riégala también con el llanto de la Gloria que está llorando por él.

En vez de aromas y bálsamos, usa cuando le perfumes de la esencia de sus gracias y el olor de sus virtudes.

Para llevarse el cadáver los ángeles han bajado; rindanle sus homenajes, no nos oculten su llanto.

En vano es que el ataúd hombros humanos doblegue; cansados están los hombres del peso de sus mercedes y de las misericordias que usó en vida largamente.